
HACIA UNA TEOLOGIA CATOLICA DEL DESARROLLO

**Reflexiones sobre la
"Solicitud Rei Socialis"**

Dr. Fabio Villegas V.

El gran desarrollo del mundo en estos dos siglos ha sido obra principalmente de los países protestantes que componen al mismo tiempo el llamado "Norte". Ha sido un gran desarrollo sustentado por "la religión idealista del protestantismo humanista (que) se concibe en favor de la burguesía victoriosa". (Tillich, Paul: *La Era protestante*, pp. 254). "Aquellos que más han exaltado -a menudo con un sentido de distorsión determinista- la *dependencia incondicional* con respecto a lo divino -Calvino y los puritanos- crearon el tipo más activista de hombres de toda la historia" (Oc. pp. 258). "El protestantismo exige un laicismo absoluto" (Oc. 260). "Los problemas de la actividad humana no entran en el radio de acción religioso" (Oc. 263). El protestantismo calvinista se orientó particularmente en dirección a una "exaltación religiosa" (Cfr. Oc. 265).

En el calvinismo surgió una alianza del protestantismo con la clase media, en lucha por su independencia económica. De este modo se produjo el nexo con la forma capitalista liberal de sociedad. (Cfr. O.C. 266).

Uno de los dogmas más influyentes en el capitalismo protestante ha sido el de la predestinación, esa "exaltación religiosa" que dice Tillich. Pero está también, el secularismo en dos aspectos: a) Ninguna jerarquía religiosa tiene intromisión en el desarrollo económico y del mundo y b) todo desarrollo es autónomo, meramente intramundano, por ende prescinde de todo aspecto moral. Y en lo más hondo la esencia del protestantismo: "el libre examen", la autonomía del individuo para determinar todo lo que confronte su inteligencia y voluntad: aun la palabra de Dios es el individuo quien la interpreta con absoluta independencia.

El protestantismo creó una verdadera mística del progreso, del desarrollo, de la creación de riqueza, de la transformación del mundo. Para el calvinista y el puritano el enriquecimiento personal es signo y garantía de predestinación. Construir el mundo es realmente la "tarea" del auténtico cristiano. El pobre, el proletario, no forman parte de la comunidad de los escogidos, su función es servir de instrumento al grupo selecto de aquellos. El protestantismo "en lugar de ser el mensaje profético para el hombre en sí, le convertiría en una posibilidad religiosa para ciertos grupos humanos" (Oc. pp. 244). De hecho "la situación proletaria es ajena al protestantismo" (Oc. pp. 245). "La situación proletaria, lejos de ser un mero accidente histórico, representa una deformación de la naturaleza esencial del hombre que se manifiesta primariamente como perversión social y como culpa social" (Oc. 250).

Es pues toda una teología del progreso, del desarrollo del individuo y del mundo. Crear riquezas, para apropiárselas unos cuantos "predestinados" es una actividad que trasciende el mundo y se inserta en la ciudad de los elegidos. El proletario, sin posibilidad de acceso a los "elegidos" será retenido en un subdesarrollo cada vez más bajo.

LOS PAISES CATOLICOS Y EL DESARROLLO

Ante esa arremetida avasalladora del desarrollo, estimulado por el protestantismo y su brazo secular el capitalismo, la respuesta histórica de los países de mayoría católica ha sido de un atraso y de una lentitud pasmosos.

Aquí, donde la Iglesia cuenta con más de la mitad de sus fieles, toda nuestra América Latina se debate en un subdesarrollo, tanto más asfixiante cuanto que su población se ha multiplicado asombrosamente en lo corrido de este siglo.

Aunque la mayoría de los países del tercer mundo, o en desarrollo, la constituyen pueblos no cristianos de Africa y Asia, descontándolos a ellos se podría hablar de un norte protestante altamente desarrollado y un sur católico muy lejos de ese desarrollo.

Un fenómeno tan universal en el tiempo y en el espacio seguramente tiene que brotar de una diferencia, muy en la actitud de la Iglesia Católica y de las Iglesias protestantes respecto al desarrollo.

DEL VATICANO II A LA SOLICITUDO REI SOCIALIS

Hasta el Concilio la actitud general de la Iglesia era de una *denuncia* cada vez más fuerte contra el comunismo y poco a poco contra el capitalismo. Contra este último los reproches se dirigían más que todo contra los abusos de los individuos.

El Concilio cambia de óptica y empieza no solo a constatar la enorme desigualdad entre países desarrollados y no desarrollados sino que expresa la obligación de los católicos de comprometerse en el desarrollo. "Cada día se agudiza más la oposición entre las naciones económicamente desarrolladas y las restantes ... Por ello son necesarias muchas reformas en la vida económico-social y un cambio de mentalidad" (G.S. 63).

En el número siguiente lo explicita: "Hay que favorecer el *progreso técnico*, el espíritu de innovación, el afán por crear y ampliar nuevas empresas, la adaptación de los métodos productivos, el esfuerzo sostenido de cuantos participan en la producción; en una palabra, todo cuanto puede contribuir a dicho progreso". (G.S. 64).

Y más adelante corrobora: "Recuerden ... todos los ciudadanos el *deber* y el derecho que tienen... de contribuir, según sus posibilidades, al progreso de la propia comunidad". (G.S. 65).

En la Lumen Gentium dice que los laicos "consagran el mundo mismo a Dios" (L. G. 34). Y cita a San Pablo: "Todas las cosas son vuestras, pero vosotros sois de Cristo y Cristo es de Dios" (1 Cor. 3, 23).

En su apostolado los laicos "contribuyan ...a que los bienes creados ... sean promovidos, mediante el trabajo humano, la técnica y la cultura civil para utilidad de todos los hombres sin excepción ... para que conduzcan al progreso universal en la libertad humana y cristiana". (L. G. 36).

Viene luego Pablo VI con su *Populorum Progressio*. "Las desigualdades entre países desarrollados y en desarrollo crecen en cantidad y calidad" (Cfr. pp. 9).

El crecimiento es una vocación de Dios. "Todo hombre está llamado a desarrollarse ... el hombre es responsable de su crecimiento ... cada hombre puede crecer en humanidad, valer más, ser más". (pp. 15).

"Este crecimiento no es facultativo ... el crecimiento humano constituye como un *resumen de nuestros deberes*". "Pero no es solamente este

o aquel hombre sino que *todos los hombres* están llamados a este desarrollo pleno" (pp. 17).

"Hay que emprender, sin esperar más, reformas urgentes. El desarrollo exige transformaciones audaces, profundamente innovadoras" (pp. 32).

"Se trata de construir un mundo donde todo hombre, sin excepción de raza, religión o nacionalidad, pueda vivir una *vida plenamente humana*". (p. 47).

"Cada pueblo debe producir más y mejor ... para contribuir también al desarrollo solidario de la humanidad" (pp. 48).

Llegamos así, a grandes saltos, a la *Solicitud Rei Socialis*, de Juan Pablo II.

"El desarrollo no es un proceso rectilíneo, casi automático y de por sí ilimitado ... A un ingenuo optimismo mecanicista lo reemplaza una fundada inquietud por el destino de la humanidad" (S.R.S. 27).

"Si el desarrollo tiene una necesaria dimensión económica ... no se agota con esta dimensión" (S.R.S. 28).

En toda la encíclica expone multitud de precisiones sobre la noción y las realizaciones de los falsos y del verdadero desarrollo.

Pero insiste una y otra vez en el "deber moral" de participar en el desarrollo.

Los cristianos debemos "comprometernos" más resueltamente en el deber, hoy urgente para todos, de cooperar en el desarrollo pleno de los demás: "desarrollo de todo el hombre y de todos los hombres" (S.R.S. 30).

"La Iglesia se preocupa de la problemática del desarrollo, lo considera un deber de su ministerio pastoral ... (ya que) desea ... servir al plan divino que ordena todas las cosas hacia la plenitud que reside en Cristo (cfr. Col. 1,19) y responde a la vocación de "sacramento" de la unidad de todo el género humano" (S.R.S. 31).

"La obligación de empeñarse por el desarrollo de los pueblos no es un deber solamente individual, ni mucho menos individualista ... Es un imperativo para todos y cada uno de los hombres y mujeres, para las sociedades y naciones, en particular para la Iglesia Católica" (S.R.S. 32).

"La cooperación al desarrollo de todo el hombre y de cada hombre es un deber *de todos para con todos*" (Ib).

"Es necesaria una voluntad política eficaz" (S.R.S. 35).

"El camino es largo y complejo (pero) debe ser emprendido decididamente y seguirlo hasta el fin" (S.R.S. 38). Es algo "requerido por la voluntad de Dios" (Ib).

Hay una necesidad urgente de un cambio en las actitudes espirituales que definen las relaciones de cada hombre consigo mismo, con el prójimo, con las comunidades humanas, incluso las más lejanas y con la naturaleza ... en función del bien común, del pleno desarrollo "de todo el hombre y de todos los hombres" (S.R.S. 38).

"En las relaciones internacionales la interdependencia debe convertirse en solidaridad fundada en el principio de que los bienes de la creación están destinados a todos, y lo que la industria humana produce ... debe servir igualmente al bien de todos" (S.R.S. 39).

"El desarrollo de los pueblos comienza y encuentra su realización más adecuada en el "compromiso" de cada pueblo por su desarrollo, en colaboración con todos los demás" (S.R.S. 44). Por eso "el desarrollo requiere sobre todo espíritu de iniciativa por parte de los mismos países que lo necesitan. Cada uno de ellos ha de actuar según sus propias responsabilidades sin esperar lo todo de los países más favorecidos". (Ib).

Las "Naciones en vías de desarrollo tienen el deber de practicar la solidaridad entre sí y con los países más marginados del mundo" (R.S.R. 45). Es de desear ... que naciones de una misma área geográfica establezcan formas de cooperación que las hagan menos dependientes de productores más poderosos" (Ib).

"Todos estamos llamados, más aún obligados, a afrontar este tremendo desafío". "No se justifican ni la desesperación, ni el pesimismo, ni la pasividad". "Se puede faltar también -ante las urgentes necesidades de

unas muchedumbres hundidas en el subdesarrollo- por *temor, indecisión* y, en el fondo, por *cobardía*" (S.R.S. 47).

Lo que está en juego es la *dignidad de la persona humana* cuya defensa y promoción nos han sido confiadas por el Creador y de las que son rigurosa y responsablemente deudores los hombres y mujeres en cada coyuntura de la historia" (S.R.S. 47)

"El desarrollo de "todo hombre y de todos los hombres" es una *cuestión también religiosa* (que) depende de la fidelidad a nuestra vocación de hombres y mujeres creyentes. Porque depende ante todo de Dios" (S.R.S 47).

RAZONES TEOLOGICAS

El solo hecho de una doctrina coherente y creciente de la Iglesia sobre el deber, la obligación moral de todos los hombres, pero en especial de los cristianos y de los católicos y aún de la misma Iglesia como institución, de comprometernos al desarrollo, es ya un factor claro de que se trata de un hecho, teológico, y ni siquiera solamente de teología moral.

La última cita de la encíclica nos abre un camino de reflexión "*El desarrollo es una cuestión también religiosa que depende ante todo de Dios*" (Cf. supra).

Pero en el camino nos hemos encontrado otras razones. Pablo VI nos dice "*Todo hombre está llamado a desarrollarse ... es responsable de su crecimiento ... puede crecer en humanidad, valer más, ser más*" (p.p. 15).

"Este crecimiento no es facultativo ... el crecimiento humano constituye como un resumen de nuestros deberes" (p.p. 17). Todo se remonta a los dos primeros capítulos del Génesis: "El hombre no ha sido creado inmóvil y estático ... en el ser humano, hombre y mujer (está) el germen y la exigencia de una tarea originaria a realizar ... La tarea es "dominar" las demás creaturas, "cultivar el jardín", pero hay que hacerlo en el marco de "obediencia" a la ley divina" (S.R.S. 30; Cf. Gn. 1, 26-30; 2,15; Sab. 9, 1, s.).

Este último texto menos conocido, es un compendio maravilloso de los otros: "*Dios de los Padres, Señor de la misericordia, que hiciste el universo con tu palabra, y con tu sabiduría formaste al hombre para que*

dominase sobre los seres por Ti creados, administrase el mundo con santidad y justicia y juzgase con rectitud de espíritu".

El hombre "todo hombre y todos los hombres" tenemos que "dominar" el mundo. Pero para ello tenemos que desarrollarnos a nosotros mismos para "administrar" con santidad y justicia y juzgar con rectitud de espíritu.

Ciertamente el desarrollo propio "*valer más y ser más*" es necesario para el dominio del mundo. Pero a su vez, el dominio del mundo es el medio necesario para perfeccionarse el hombre. Por eso el desarrollo del mundo y de nosotros mismos es como el compendio de todas nuestras obligaciones para con el mundo, para con nosotros y nuestros hermanos, para con el mismo Dios.

Juan Pablo II nos da otras dos razones más misteriosas y profundas. "El desarrollo es un deber del ministerio pastoral de la Iglesia pues así sirve al plan divino que ordena todas las cosas hacia la plenitud que reside en Cristo (Cfr. S.R.S. 31). Y cita la epístola a los colosenses: "*todo fue creado por El y para El ... Dios tuvo a bien hacer residir en el toda la plenitud y reconciliar por El y para El todas las cosas*" (Col. 1, 16-20).

Es una plenitud en un desarrollo superior que no excluye el pecado sino que hace que "donde abundó el pecado, sobreabunde la gracia". Es pues un desarrollo del mundo y del hombre hasta llegar a la plenitud de Cristo y de Dios.

Y un poco más adelante añade el Papa que el desarrollo "responde a la vocación de 'Sacramento' de la unidad de todo el género humano que tiene la Iglesia".

El sacramento de la unidad es el sacramento del perfeccionamiento de cada hombre y de todos los hombres hasta llegar a la liberación del pecado y de todas las estructuras de pecado.

No hay unidad si no hay cierta igualdad entre los miembros. El mismo hijo de Dios siendo rico se hizo pobre por salvarnos, para unirse a nosotros y para que nosotros pudiéramos unirnos a El. Cristo considera como dado o como negado a sí mismo lo que se de o se deje de dar a los más pobres.

Claro que el pobre es quien debe desarrollarse a sí mismo, pero no lo podrá hacer solo, ni mucho menos si los que han acaparado la casi totalidad de las riquezas, del poder, de la técnica, de la cultura, de todos los instrumentos del desarrollo, le hacen casi un imposible el desarrollo de su personalidad, el desarrollo del mundo.

Los castigos contra el rico ambicioso (Lc. 12, 16 ss.) la imposibilidad de ser discípulo de Cristo si no se renuncia a todos los bienes (Cf. Lc. 14, 33); el "no podéis servir a Dios y al dinero" (Lc. 16, 13), el reproche a los fariseos, amigos de la riqueza (Lc. 16,15), el castigo del rico malo y egoísta (Lc. 16,19 ss), no se explican por un rechazo de Jesús a la riqueza, sino porque la ambición, el egoísmo, el acaparamiento, la idolatría del "tener" rompen y destrozan la unidad de la Iglesia, la posibilidad de ser más, de desarrollarse más que es un derecho y un deber de todo ser humano, y muchísimo más de todos los cristianos.

"A la luz de la fe se percibe un nuevo *modelo de unidad* del género humano en el cual debe inspirarse en última instancia la solidaridad (entre las personas y entre los países). Este supremo *modelo de unidad*, reflejo de la vida íntima de Dios, Uno en Tres personas, es lo que los cristianos expresamos con la palabra "comunión" que es el alma de la vocación de la Iglesia a ser "sacramento" de unión de todo el género humano" (S.R.S. 40).

Esta doctrina no es un descubrimiento de ahora. Es de toda la historia de la Iglesia. San Pablo relata a los Corintios la institución de la Eucaristía, símbolo de unión de los cristianos, para manifestarles cómo debía ser la vida de los que participan en el cuerpo y la sangre del Señor. "Cuando os reunis, pues, en común, eso ya no es comer la Cena del Señor"; porque cada uno come primero su propia cena y mientras uno pasa hambre, otro se embriaga ... Es que despreciáis a la Iglesia de Dios y avergonzáis a los que no tienen? ... En eso no os alabo" (1 Cor. 11,20 ss).

CONCLUSIONES

El desarrollo del mundo y del hombre, "de todo hombre y de todos los hombres", según la nueva visión de la Iglesia, sobre todo desde el Concilio hasta Juan Pablo II, es cada día una obligación más profundamente comprendida, sentida y puesta en práctica por todos los católicos, como "el resumen de todos nuestros deberes".

La Iglesia estuvo por mucho tiempo alejada o rezagada en ese compromiso fundamental de desarrollar al hombre y al mundo para su quehacer humano y por él la preparación del eterno, "*la historia presente no está cerrada en sí misma sino abierta al Reino de Dios*". (S.R.S. 47).

Hoy la Iglesia Católica invita a los hermanos separados, a los judíos, a los musulmanes, a todos los seguidores de las grandes religiones del mundo, "a unir su poderosa fuerza espiritual para impulsar el desarrollo, más humano, más digno, más universal del mundo y del hombre ya que "el desarrollo de todo el hombre y de todos los hombres" es una *cuestión religiosa* (Cfr. S.R.S. 47).

"La Iglesia sabe bien que *ninguna realización* temporal se identifica con el Reino de Dios ... Pero la espera no podrá ser nunca una excusa para desentenderse de los hombres en su situación personal concreta y en su vida social, nacional e internacional" (S.R.S. 48).

"Nada de lo que se puede y "debe" realizar mediante el esfuerzo solidario ... para hacer "más humana" la vida de los hombres, se habrá *perdido* ni *habrá sido en vano*" (S.R.S. 48).

El Papa concluye con la Oración Colecta de la Misa "*Pro populorum progressionem*": "Oh Dios que diste un origen a todos los pueblos y quisiste formar con ellos una sola familia en tu amor, llena los corazones del fuego de tu caridad y suscita en todos los hombres el deseo de un progreso justo y fraternal para que se realice cada uno como persona humana y reinen en el mundo la igualdad y la paz" (S.R.S. 49).

Quedan infinitud de interrogantes y de temas para una reflexión y un compromiso interdisciplinario: (Teología, economía, técnica, sociología, historia, política, todas las ciencias del mundo y sobre todo del hombre).

Un interrogante angustioso: ¿será el capitalismo, o el comunismo (como ideologías económico-políticas) instrumentos aceptables para el "desarrollo" que propone la Iglesia Católica? ¿Qué se puede salvar y qué hay que rechazar ?

Podrá la Iglesia (jerarquía y sobre todo laicos) claudicar ante la obligación imperiosa de desarrollar "a todo el hombre y a todos los hombres" "por temor, indecisión y, en el fondo, por cobardía", si no por egoísmo?

(Cf. S.R.S. 47) Un desarrollo católico no será quizás un gran vehículo de evangelización del tercer mundo no cristiano ?

Y tantas cuestiones más.